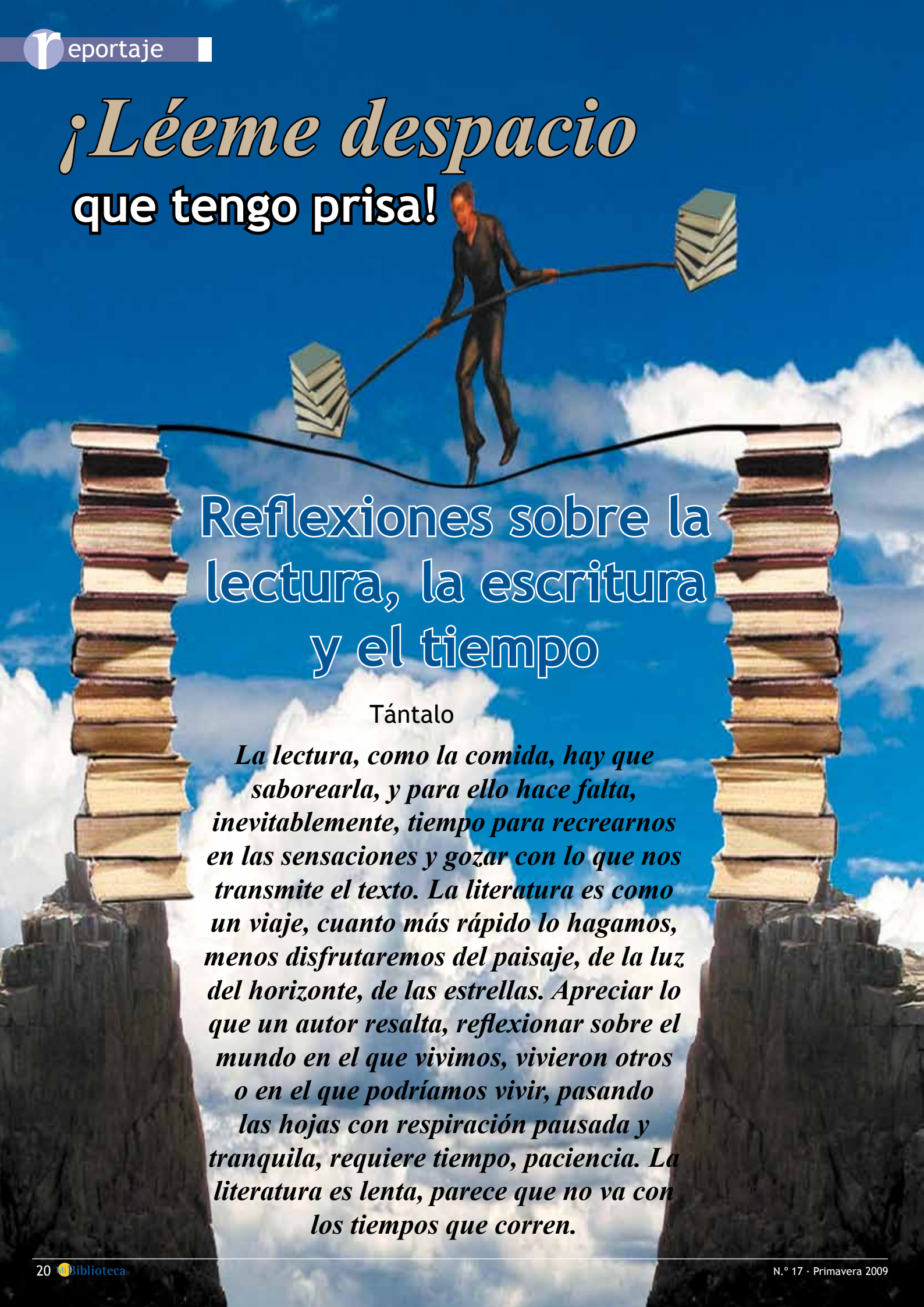


# ¡Léeme despacio que tengo prisa!



## Reflexiones sobre la lectura, la escritura y el tiempo

Tántalo

*La lectura, como la comida, hay que saborearla, y para ello hace falta, inevitablemente, tiempo para recrearnos en las sensaciones y gozar con lo que nos transmite el texto. La literatura es como un viaje, cuanto más rápido lo hagamos, menos disfrutaremos del paisaje, de la luz del horizonte, de las estrellas. Apreciar lo que un autor resalta, reflexionar sobre el mundo en el que vivimos, vivieron otros o en el que podríamos vivir, pasando las hojas con respiración pausada y tranquila, requiere tiempo, paciencia. La literatura es lenta, parece que no va con los tiempos que corren.*

*Para nada  
para nada nadaba el pez en el agua.  
Para nada, y nadaba y nadaba.*

Isabel Escudero

En muchas ocasiones me he preguntado las razones por las que los bibliotecarios, pese a los persistentes y extraordinarios recursos que dedicamos a la promoción de la lectura, no conseguimos esa pretensión nuestra de que la gente lea más, aunque prestemos los libros gratuitamente en nuestras instituciones; y, sin embargo, sin que existan programas expresos dedicados a la animación para ver la televisión, tenga esta una audiencia tan numerosa, constante y asidua, que existan tantos canales y algunos de ellos sean privados, a los que, además, hay que abonar una cuota para poder ver sus programas.

Una primera reflexión apuntaba hacia la idea de que *hablar es natural*, directo y espontáneo para la humanidad (no se conoce ninguna colectividad que no lo haga) y la escritura no lo es (hay pueblos que la conocen y otros que la ignoran). A pesar de los grandes esfuerzos que se han hecho para alfabetizar, aún existen grandes sectores de la población (mayoritariamente en países pobres) que desconocen las letras. Sin embargo, sin que pongamos ese empeño, la gran mayoría de la población conoce bien los medios audiovisuales. Una de las razones de esta popularidad, muy en concreto de la TV, posiblemente radique en una forma de transmisión de la comunicación que es ajena a la escritura. Otra, la rapidez con la que se transmiten las noticias.

### El mundo era más lento

El adjetivo inglés *fast*, tan de uso común que ha trascendido las fronteras anglosajonas y es universalmente conocido, refleja muy bien el mundo en el que vivimos. Se pretende aplicar a cualquier ámbito de la cotidianidad, no solo a la comida (*fastfood*). Todo hay que hacerlo rápido, corriendo, deprisa. Como complemento se ha de añadir la cantidad: cuanto más mejor.

La película de Stanley Kubrick, *2001, una odisea en el espacio*, muestra muy bien el cambio de la humanidad entre sus primeras imágenes (el transcurrir cotidiano de unos primates hace millones de años, y unas secuencias después a uno de ellos golpeando lentamente un hueso) y el final (el hombre viajando en una nave espacial a velocidades astronómicas). Esta grandísima transformación ha sido posible gracias

a una serie de hitos: el uso del fuego, la revolución neolítica, la escritura, la rueda, la imprenta, la máquina de vapor aplicada a la industria y, aunque hoy es más difícil de apreciar porque vivimos inmersos en el proceso, las telecomunicaciones y, muy especial y recientemente, Internet. Sin estas bases, la civilización no hubiera alcanzado el grado de conocimiento actual ni viviría como hoy lo hace. Es difícil dar con una actividad humana que no tenga sus fuentes en ellas: si comemos (la agricultura), si cocinamos (el fuego), si viajamos (la rueda), si leemos un texto (la escritura)...

La revolución neolítica, que tuvo lugar hace unos ocho o nueve mil años, dio lugar al primer cambio profundo en la evolución

*La literatura da un grado de locura  
que nos ayuda a mantenernos cuerdos  
y a hacer llevadera la existencia en un  
mundo demencial y en una sociedad  
competitiva que nos aliena y anula.*

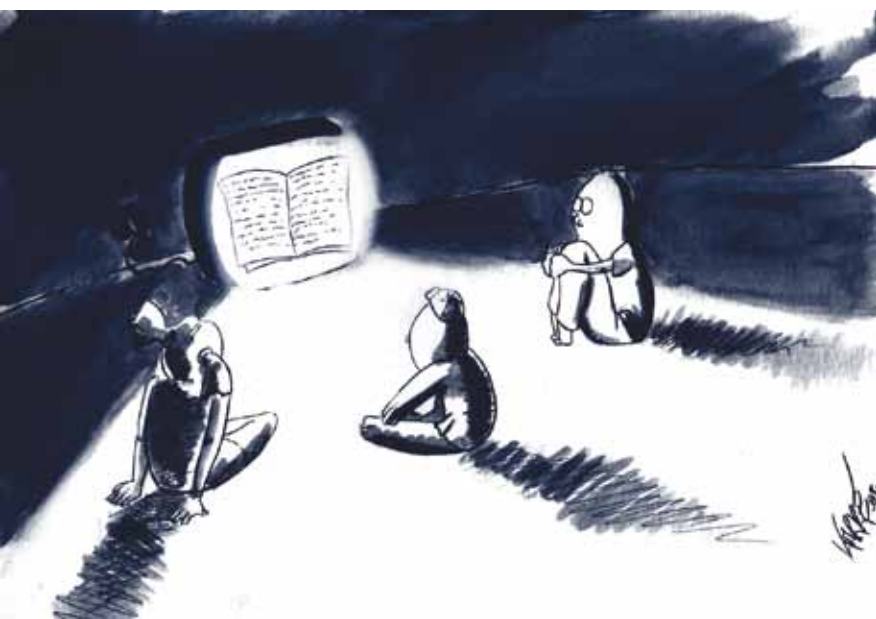
de la humanidad. Los hombres recolectores cazadores, que vivían de forma nómada alimentándose de los frutos que encontraban a su paso y de los animales que podían cazar, pasan a vivir de forma sedentaria como agricultores (sembrando y recogiendo la cosecha) y ganaderos (domesticando y criando animales).

### El lenguaje

Tan básico para el hombre como la célula para la vida, para poder articular palabras tuvimos que sufrir una evolución que duró siglos. Todo ello posible por disponer de un cerebro (para el pensamiento) y un aparato fonador (que nos permite articular sonidos y expresar lo que sentimos). Gracias al hioides y a la laringe, que está más baja en los adultos de nuestra especie que en el resto de los mamíferos, podemos hablar. Esta anatomía nos impide beber y respirar simultáneamente, lo que hace con sencillez cualquier otro mamífero, y que podamos atragantarnos más fácilmente. Esas desventajas nos permitieron empezar a articular palabras.

El lenguaje nos permite conocer el pensamiento de los otros, aunque también engañar y mentir a los demás. No parece que pueda existir pensamiento sin lengua-





je. Cualquier idea que tengamos o que nos den a conocer, expresada en voz alta o reflexionando interiormente, solo podemos aprehenderla a través del idioma que conocemos. Es tan consustancial al ser humano que no se sabe de ningún pueblo que no tenga el suyo propio. En el cruce de civilizaciones, unos grupos enseñan a otros sus inventos y avances: arar la tierra, el riego por acequias, el uso de la rueda... Sin embargo, ni la más humilde e ignorada tribu perdida en la selva ha necesitado aprender una lengua porque careciera de ella. Incluso las colectividades que viven de la forma más primitiva y arcaica, aisladas de la civilización, tienen lenguas tan complejas como las de las sociedades tecnológicamente más avanzadas.

#### La escritura

Aunque existen varias teorías, parece que el uso de la escritura tuvo su origen en la necesidad de contabilizar y realizar tran-

*La escritura lleva en sí el veneno y el antídoto. Sabiéndolos dosificar, manteniendo la cantidad de uno y otro en equilibrio, nos permite sobrevivir.*

sacciones con los productos generados del cultivo de la tierra y de la cría del ganado, hace unos cinco o seis mil años. Hasta entonces, a lo largo de siglos, la humanidad no disponía de otra forma de comunicarse que

no fuera la palabra y los gestos que, necesariamente, podían hacer quienes compartían el mismo espacio y tiempo. La escritura nos libera de esas limitaciones, de lugar y época, y nos permite conocer culturas de geografías distintas; formas de convivencia y pensamientos de generaciones que nos precedieron y dejaron testimonios de sus inquietudes, o interpretar piezas musicales con las partituras que anotaron los compositores del Barroco, cuando aún no existía el gramófono.

Si ninguna colectividad humana ha tenido que enseñar a otra a hablar porque no supiera, no es así cuando nos referimos a la escritura. Muchos pueblos de la Tierra son ágrafos: ignoran que lo que hablamos, sabemos o sentimos se puede dar a conocer a través de textos, o bien no han desarrollado los códigos para poder hacerlo. Esos pueblos están, de alguna forma, al margen o aislados de la civilización tecnológicamente avanzada que hoy conocemos.

#### Los privilegios del saber y los debates de la alfabetización

Leer y escribir estuvo ligado desde los inicios a los poderosos, a las castas política y religiosa. Las letras eran cosa de señores. Las tablillas que redactaban los escribas versaban fundamentalmente sobre temas administrativos y económicos. El conocer estos asuntos les daba privilegios sobre el resto de la población. En la Grecia clásica, cualquier ciudadano libre que supiera leer y escribir podía participar en el gobierno de la ciudad; el resto quedaba excluido. Durante la Alta Edad Media, la lectura y la escritura se circunscriben a los monasterios. Fuera de sus ámbitos, la población es analfabeta. Durante la Baja Edad Media, la Iglesia empieza a dejar de tener el monopolio en sus manos: una nueva clase, la burguesía, cada vez más culta y alfabetizada, irrumpe en el escenario social. Comienzan a aparecer las primeras universidades.

La temática de los libros se diversifica, ya no es solo religiosa. Se abre paso a la botánica, la medicina, el derecho, la literatura... Si nos remontamos a la revolución industrial, el proletariado, viviendo en pésimas condiciones, hacinado en los suburbios de las grandes ciudades, era en su mayoría iletrado. En cualquier época que estudiemos, la lectura y la escritura están vinculadas con los privilegiados, con las elites sociales, con las clases dominantes.

Ya en el siglo XIX, los movimientos obreros y sociales de la época pretenden universalizar la alfabetización. Eran conscientes de que a través de la lectura conseguirían emanciparse de la dominación y de la ignorancia a la que estaban sometidos. Conocer la lengua escrita era signo liberador. Quizás esa pretensión fue la que despertó el problema del analfabetismo, o al menos de que fuéramos conscientes de su existencia.

El debate en la sociedad de la época fue muy intenso. Los políticos conservadores se oponían a que las clases populares se escolarizaran. Lo que cuenta Fernando Garrido en *Historia de las clases trabajadoras* es una imagen fidedigna de las tensiones que se generaban. Se refiere a una escuela gratuita de adultos en 1851 en Madrid: «La escuela no era legal, no había libertad de enseñanza y era menester regularizar la situación. Bravo Murillo era ministro, y en mala hora acudieron a él. “¿Que legalice la existencia de una escuela de adultos donde van 600 jóvenes y hombres del pueblo a instruirse? No en mis días. *Aquí no necesitamos hombres que piensen, sino bueyes que trabajen*”».

En el siglo XX, las sociedades democráticas ven con buenos ojos la alfabetización porque necesitan que sus ciudadanos interioricen los problemas del Estado, y un medio muy fácil es la lectura. Pasamos del concepto de la escritura como elemento liberador a la lectura como vía de sometimiento. Ironizando sobre el asunto, hay un cortometraje (del que me habló un amigo, pero no recordaba el título, posiblemente de algún *ágrafo*, iconoclasta y director de cine para minorías) que nos presenta a un policía que llama la atención a un chaval que está pescando en una zona vedada. Ante la advertencia que le hace de si no ha visto el cartel de prohibido, el chico le responde que no sabe leer. La autoridad se ofrece a enseñarle el abecedario. Su pretensión no es que el joven disfrute de la lectura, sino de que aprenda a leer para no vulnerar la ley.

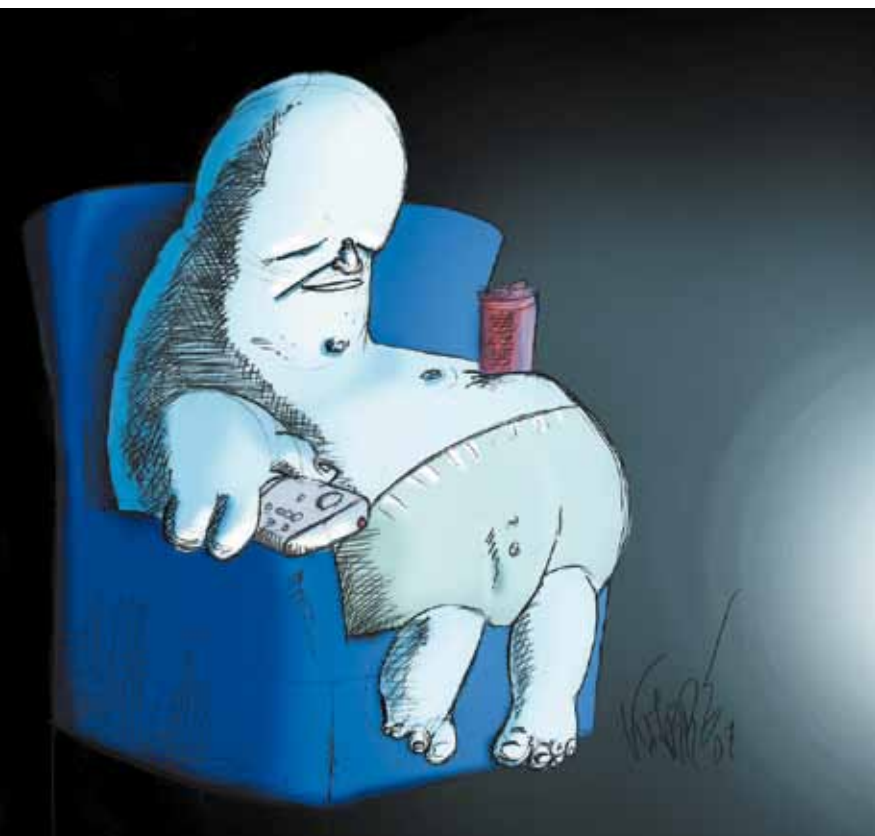
Si por necesidades sociales igualmente se exigiera a toda la población saber y conocer bien, con el mismo grado y profundidad que se exige de la lectura y escritura, por poner un ejemplo, de la mecánica del coche (no estamos hablando de aspectos simples como echar gasolina o cambiar una rueda pinchada), o de las habilidades culi-

narias (no nos referimos a freír un huevo, sino a cocinar los productos que consumimos a diario), los *analfabetos* en estos campos serían numerosísimos.

Ciertamente, es difícil que todos los miembros de una sociedad altamente especializada puedan conocer de forma profunda sobre ámbitos distintos a aquel al que se dedican, simplemente por las limitaciones de la capacidad y el saber humanos. Lo que se pretende con la alfabetización de todos es que la escritura sea una herramienta común universal con la que poder desenvolverse en el mundo de la información y del conocimiento.

La escritura no es ni ha sido la única forma de transmisión del conocimiento, aunque sea la más clásica y extendida. El filósofo Sócrates no era partidario de ella; esgrimía, como argumento, que empobrecía la memoria y que con las letras no se alcanza la sabiduría. Su enseñanza fue oral, y buscaba la verdad a través de preguntas y dialogando. Sin necesidad de remontarnos a la Grecia clásica, en pleno siglo XX, Krishnamurti es un caso parecido aunque con precisiones. Escribió relativamente poco. La mayoría de sus libros son transcripciones de sus charlas y debates. Era muy crítico con la escritura: «El hombre ignorante no es el iletrado sino el que no se conoce a sí mismo, y el hombre instruido es un necio cuando pone su confianza en los libros...». En otros casos, como lo es el del gran escritor y ávido lector Henry Miller, se nos advierte: «Dícese que sólo uno de cada cinco norteamericanos lee libros, pero hasta este pequeño número de lectores es exagerado. Escasamente habrá alguno de ellos que viva con sabiduría y plenitud». Resaltaba que la fuente de conocimiento y sabiduría estaba en la experiencia directa de la vida. Sus obras son una exaltación del erotismo, de la vitalidad y un agradecimiento a los demás, seres de carne y hueso, no a las letras impresas. Una manifestación contradictoria y ambivalente si se tiene en cuenta que dedicó muchos de





sus días a leer y escribir, aunque también viajó y apreció la amistad de quienes jamás habían cogido un libro.

#### Otras formas de comunicación que trascienden al espacio y al tiempo

Hasta prácticamente el siglo XIX, no había otra forma de romper con las barreras del espacio y el tiempo que no fuera la escritura. A partir de entonces la situación cambia. En la actualidad, dado los medios que existen, sin necesidad de usar los textos, nos podemos comunicar a través del teléfono o de Internet o conocer otras culturas y modos de vida por el cine o la televisión.

Además, los grandes avances científicos y técnicos de los que disponemos en la actualidad, nos permiten averiguar con relativa certeza cómo vivían grupos humanos que no conocían el alfabeto ni dejaron testimonio escrito o gráfico de su existencia. El caso de Atapuerca es un magnífico ejemplo de lo que estamos hablando.

Sin la mediación de la escritura y de unos cuantos hitos más, muy posiblemente la humanidad no hubiera conocido el vídeo. Si ese desarrollo se hubiera podido realizar de otra manera, y conseguido hacer uso del teléfono, la radio, o de cámaras para filmar

secuencias, esa imperiosa necesidad humana para comunicarse no hubiera hecho uso de la *artificiosidad* de la escritura. No estamos diciendo que la escritura sea más artificiosa que la tecnología industrial telefónica o televisiva necesaria para transmitir la voz y las imágenes, sino de las *formas* de comunicarse (hablando y viendo -naturales-, en lugar de escribiendo y leyendo, anotando unos signos que después hay que descifrar -artificiosas-).

#### ¿Cine versus literatura?

Tampoco es exclusivo de la escritura el poder gozar de una obra de ficción. Antaño, y en la actualidad se sigue haciendo, las obras de teatro llegaban a una población que aun siendo analfabeta podía disfrutar de las dotes imaginativas de los escritores. El cine nos ha dado a conocer magníficos guiones de los grandes de la literatura, biografías apasionantes de personajes anónimos e ilustres, e historias de pueblos conmovedoras. Leer una novela puede ocuparnos varios días. Llevada al cine, a través de un guión, la película podemos verla en hora y media. Texto y pantalla son diferentes. En el primero alcanzamos una representación imaginada de un ambiente, en el filme vemos lo que el director nos muestra con el objetivo de la cámara. El cine es un arte muy vinculado con la literatura, pero diferente. La lectura, en general, es más *reflexiva*; el cine y la televisión es más de *acción y velocidad*.

La escritura, como los otros hitos básicos ya citados, en los que se basa la civilización en la que vivimos, ha contribuido a acelerar el mundo. Sin embargo, una parte de ella, la que podemos denominar literatura, ha ayudado a elegir el camino opuesto, ralentizando o manteniendo el ritmo primitivo, la ruta de la reflexión, de la paciencia. Las letras llevan en sí el veneno y el antídoto. Sabiéndolos dosificar, manteniendo la cantidad de uno y otro en equilibrio, nos permite sobrevivir. La literatura da un grado de locura que nos ayuda a mantenernos cuerdos y a hacer llevadera la existencia en un mundo demencial y en una sociedad competitiva que nos aliena y anula.

La lectura puede ser aprendizaje o juego, información o desinformación, materialismo o idealismo, odio o amor, laberinto o sendero, guerra o paz, sencillez o complejidad..., o todo esto junto y muchas cosas más a la vez.

## Un mundo acelerado

Si observamos, todos los inventos que hacen que obtengamos una respuesta más rápida e inmediata o dé más cantidad de algo deseado, prosperan, relegando los viejos métodos para la historia. Es el *fast* del que venimos hablando. El teléfono móvil, en unos años ha proliferado tanto que ya hay más que de los tradicionales fijos que durante décadas hemos usado. El correo electrónico prima sobre el tradicional por la misma razón: la rapidez. Igual ocurre con otros ofrecimientos que nos brinda Internet. La suscripción a una revista electrónica la recibimos antes que la de papel impreso, y su éxito es creciente. En el cultivo agrícola, los viejos olivos son reemplazados por nuevos árboles que se riegan por un sistema de goteo porque dan más fruto que los de secano. Las aceitunas se cogen con máquinas porque a mano se tarda más.

No hay espacio en este artículo para analizar detenidamente las consecuencias de estas transformaciones; según vamos avanzando en la redacción parece que indicamos que todo aquello que es más *rápido* es consecuentemente *negativo*. Pero adelantemos, con alguna puntualización, que no siempre es así. Por ejemplo: la edición de revistas digitales, que consultamos por Internet, evita que miles de árboles y bosques desaparezcan para transformarlos en papel. O el ahorro de energía, cuyo consumo perjudicaría al medio ambiente, al no tener que enviar millones de cartas postales que ahora por correo electrónico se pueden remitir al mismo destinatario. Qué duda cabe de que la inmediatez, la rapidez y la eficacia son muy importantes en algunos casos de accidentes o catástrofes, pueden librarnos de la muerte. Lo que no es sensato ni saludable es trasladar esas prisas, tan necesarias en situaciones concretas, a la cotidianeidad de todos. ¿Por qué el cine y el teatro, tan populares en pueblos y barrios, hoy casi no existen? Por una razón de economía de

tiempo. Cada vez vamos más rápidos. Si la misma película que ponen en el cine, o la obra que representan en el teatro, la emiten por TV, ¿para qué vamos a desplazarnos si podemos verla en casa?

Me preguntaba un *no lector*, joven práctico, preparado para la modernidad que sufrimos, que si lo que nos quiere decir el autor de *La Regenta* no podía haberlo escrito en cincuenta páginas en lugar del rollo de más de quinientas de la que consta la obra de Clarín. Imagino que no hizo la pregunta sobre el *Ulises*, de Joyce, porque lo desconocía. Más atrevido que el autor español, el escritor irlandés dedica un libro tan voluminoso a describir la actividad, los pensamientos, sentimientos y percepciones de un hombre en el transcurso de un solo día. Cuando yo era niño no podía entender por qué había hombres que se empeñaban en escalar el Everest cuando se podía llegar a cimas más altas con un helicóptero o un avión. No intuía lo que después he ido comprendiendo, que volando no se siente y aprende lo mismo que cuando subimos la montaña a pie, con el cuerpo aterido entre la nieve. Con la novela ocurre lo mismo. La literatura es una forma de ver la vida y la aprecian aquellos a los que les gusta. Son esos factores educativos y culturales, y una mentalidad, los que nos hacen percibir y gozar del mundo de otra manera.

No hay literatura de lectura rápida. Sería un oxímoron. Si es rápida, ya no es literatura. Podría ser alguna pieza más del engranaje que nos engulle, no contemplación y filosofía. El placer consiste, en parte y precisamente, en esa lentitud. La literatura no puede ser *fastreading*. No es cantidad, es calidad, intensidad. Las sociedades tecnológicamente más avanzadas dominan a las más atrasadas, disponen de más riqueza material y de más artilugios. Eso no quiere decir que sus ciudadanos sean más libres, felices o maduros. La literatura es un contrapunto a esa desmedida necesidad de *tener*. Nos conduce a descubrir nuevos e interminables interrogantes que se reproducen incansablemente, que nos van conduciendo de unos a otros y nunca se acaban. Es la vida, la búsqueda. ■

**AUTOR:** Tántalo.

**TÍTULO:** ¡Léeme despacio que tengo prisa! Reflexiones sobre la lectura, la escritura y el tiempo.

**ILUSTRACIONES:** Carrero, Adrián y Ubé González, José Manuel.

**RESUMEN:** El autor hace un breve recorrido y exposición de las distintas formas y medios de comunicación y transmisión del conocimiento desde la Prehistoria: la oralidad, la escritura, el cine, el vídeo. Se exponen algunos problemas de la alfabetización en la sociedad, presentando a la literatura como contrapunto a un mundo tecnificado y acelerado en el que se valora y triunfa más el concepto tener, dominando la rapidez y la cantidad, que ser, el reflexivo y pausado pensamiento.

**MATERIAS:** Lectura / Influencia de los Medios de Comunicación / Hábitos de Lectura.